



AIRES LIBRES



EL FINAL DE UNA RONDALLA



## DRAMA EGIPCIO



LLA, en vida de los Faraones, época que *ni nuestros abuelos* han llegado á conocer, ya existían pasiones *bastardas*, envidias y hasta *celos mal reprimidos*.

Si señores; y crean ustedes que, según los historiadores más *amenos*, los celos egipcios han sido los más terribles, dejándose muy atrás á los que suelen sentir los moros, incluso el de Venecia.

Pero entremos de lleno en el asunto, entremos en materia, entremos en el suntuoso palacio de *Ramis*; atravesando el severo pórtico y subiendo despacio la ancha escalera, de pintados mármoles.

¡Qué riqueza, qué maravillosas pinturas en las paredes, representando batallas, retratos de familia y bailes del género andaluz!

¡Qué gusto en todo, y qué disgusto sumía en profundas meditaciones al señor de *Ramis*, dueño de aquel portentoso artístico!

La cosa no era para menos.

Vedle allí, en el centro del salón, tomando chocolate, junto á un tiesto de claveles dobles y una perra chata.

Entre sopa y sopa, lanza un suspiro hondo que hace gruñir á la perra, y mecerse en sus tallos á las bellas flores.

De repente, arroja al suelo la servilleta, se oprime el vientre con las manos y suena un timbre.

Un negro, tan feo como la perra, descorre un tapiz y se queda esperando órdenes de su dueño y señor.



— ¡Salíó *Ata*? — pregunta, con voz ronca.

— Hace una hora que marchó con sus esclavas, — contesta el negro, sin perder el color.

— ¡Mientes! — grita *Ramis*, asustando á la perra y dándole un puntapié á la maceta de claveles.

— ¡Señor! — murmura el negro, temblando de pies á cabeza.

— ¡Mientes te digo!... *Ata* no ha salido, *Ata* se esconde y huye de mí, porque me teme;... *tiembale la esposa infiel*,... tiembala tú, negro!

— Ya tiemblo señor...

— Condúceme á su guarida.

— No atino...

— ¡No! ¡Pues toma!

Y cogiendo una silla baja se la tira á las espinillas.

El pobre esclavo cae de bruces, y *Ramis* sale de la estancia, todo lleno de furor espantoso.

\*\*\*

El negro ha mentido como un sastre.

Las esclavas no han salido de palacio; de lo cual se convence el atribulado señor, asomándose á una galería y viéndolas bailar en el patio un *chotis egipcio*.

Esto acababa de trastornarle la cabeza y la abundosa meleneta; mas, guiado por los propios celos, corre á lo largo de una estrecha galería.

De pronto, se para en seco, siente un frío especial en las pantorrillas, busca la causa, y ve á la perra olfateando, como si hubiera tomado rapé.

— ¡Oh, mi noble amiga! — le dice acariciándola. — Tú serás mi guía en esta ocasión. ¿Dónde está *Ata*, mi bella esposa? ¡Búscalala!

No ha terminado *Ramis* de pronunciar la última frase, cuando la perra da un



gruñido y, arrugando el entrecejo, se para junto á una puertecita de sándalo, incrustada con preciosos jeroglíficos de marfil y plata.

*Ramis* se aproxima, aplica una oreja á la puerta y se atonta.

Dentro hablan dos personas; un hombre y una mujer... y ésta ¡oh! esta es *Ata*; y él... ¡Quién sabe! ¡Un traidor, quizá un amigo desleal y falso!

Pero escuchemos con *Ramis*.

— ¡Oh, cuánto deseaba verte! — dice ella.

— Y yo á tí, *Ata* mía.

— Once años nada menos...

— Once siglos, me han parecido.

— Ya no nos separaremos nunca.

— ¡Nunca! ¿y tu esposo?

— Me ama demasiado, siente celos y he pensado curarle; tú me ayudarás.

— Cuenta conmigo;... pero ¡qué bella estás!

— Y tú ¡qué gentil!...

*Ramis* no puede contenerse por más tiempo, y dando una patada á la puerta, que salta en mil pedazos, se presenta en el camarín dorado, desgreñada la melena y pálido el semblante.

*Ata*, no se *ata* y permanece tranquila.

El galán tira al suelo la colilla del cigarro.

Pero el esposo, más furioso que nunca, da un puñetazo al intruso y lo mata completamente; enseguida da otro á la esposa y la deja medio muerta...

¡Infeliz, no era culpable!

— Te has portado muy mal, — le dice á *Ramis*, antes de morir. — Ese que yace en el suelo, es mi hermano que acaba de llegar de Cuenca; y tú... ¡bárbaro amigo mío! me lo matas y me matas...

— ¡Es cierto! — gritó *Ramis*, en el colmo de la desesperación.

— Sí; adiós, ya estoy muerta,.... *díjame vivir en paz*.

*Ramis* entonces repara en la perra, causa de aquel desastre; la coje de las patas y la abre en canal; se acerca á una ventana, la abre también y se arroja al patio, dando carcajadas locas...

Dos gritos de muerte se oyen á la vez.



¡Pobre negro!

Al caer su señor, lo ha cogido debajo, y han fallecido juntos.

\*\*\*

Esto lo contaba días pasados un modernista, como asunto para un drama que piensa estrenar... la noche menos pensada.

JOAQUÍN ARQUES

## ANDREA AVELINA CARRERA

EN la noche del 21 de Noviembre de 1880 representóse en nuestro Gran Teatro la famosa ópera *Lohengrin*, para *début* de una nueva cantante, de una cantante barcelonesa, la misma cuyo nombre encabeza estas líneas; quien bajo los auspicios de su maestro, el eminente Goula, decidíase por fin á arrostrar el temido fallo del público filarmónico.

Como era natural, tratándose de una compatriota, reflejábanse en la selecta y numerosa concurrencia grande ansiedad que trocóse pronto en indecible satisfacción.

Presentóse en escena Avelina, que á la sazón contaba dieciocho años, siendo saludada su aparición con espontáneos y ruidosos aplausos. La mujer había sido juzgada; tenía en su abono una valiosísima cualidad: la hermosura. Llenó su voz los ámbitos de la sala, y la manifestación de agrado convirtióse en calurosa y entusiasta ovación. El pueblo barcelonés, músico por excelencia, concedía desde luego á la *debutante* un diploma de verdadera artista.

Así, en el Gran Liceo, tan codiciado y temido por los cantantes, recibió su bautismo artístico la diva catalana: como en la pila bautismal el agua bendita cae sobre la cabeza del nuevo cristiano, sobre la frente de Avelina cayeron aquella noche las lágrimas de sus padres.

Su primer triunfo fué, pues, para Barcelona, su país natal. No podía ser otra cosa: los pájaros cantan por primera vez en el nido donde nacen. Consagrada desde aquel momento á la vida del arte, recorrió con igual fortuna los principales escenarios de España y del extranjero: Valencia, Sevilla, Madrid, Lisboa, Nápoles, Milán, Palermo, Trieste y Moscou, han hecho justicia en distintas y repetidas temporadas á su sobresaliente mérito.

En todas partes el público la ha clamado de palmas y laureles; pero, con ser tan halagadores y legítimos, no han conseguido desvirtuar su natural modestia: en ninguna de las flores que han servido de alfombra á sus pies ha aspirado el aroma mal sano de la vanidad, y conserva la fresca de su corazón, como el timbre de su voz y la serena mirada de sus ojos.

Cuando canta, enamora y cautiva; su voz armoniosa y pura no tiene rozamiento alguno, emitiéndola con deliciosa facilidad; las frases de amor salen de sus labios con los matices justos de la pasión; y posee, para expresar las diversas luchas del alma, el dramático acento que conmueve y arrebató.

Por todas estas condiciones, que rara vez se encuentran reunidas, Avelina Carrera está llamada á un gran porvenir; figura en el reducido número de los seres privilegiados que Dios envía al mundo, de tiempo en tiempo, para honra y gloria del suelo en que han nacido.

Cabe en lo posible que, no conociéndola, se tache de exagerado este juicio, achacándose á provinciano apasionamiento buena parte de nuestro



Fot. Espingas

entusiasmo. Conste, por si así sucediera, que las laudatorias apreciaciones y encomiásticas frases aquí estampadas, no son nuestras, aunque las prohijamos, sino tomadas de la importante revista madrileña *Pro Patria*; la cual reflejó, en un hermoso artículo, dedicado á nuestra encantadora amiga y paisana, el alto aprecio en que, como mujer y como artista, la tienen en la Corte.

No menos la distingue y admira el ALBUM SALÓN, constante apologista del mérito; consagrándola, para testimoniarlo, una página de preferencia.